




ELIPSIS (¿ELIPSE?) PARA UNA CIUDAD SIN NOMBRES

Milagros Mata Gil


@ Derechos de autor totalmente reservados
Primera edición, FUNDARTE, Caracas, 1996
Segunda edición, Dirección de Cultura del estado Bolívar/ Centro de Investigaciones Ecológicas, 1999
Tercera edición, Fundación Ramón Isidro Montes/ Investigaciones en Flora y Fauna Regional (Proyecto Bosques) año 2001



Este es un libro que yo pudiera re-escribir muchas veces. Es como un acto de amor perennemente renovado, en las buenas y en las malas, y por eso el texto que hoy reviso puede distinguirse, y de hecho se distingue, en muchas cosas, en ciertos enfoques, del manuscrito original, fechado en 1995, 1996.

*En aquel momento, en aquella primera publicación, hecha en 1996, como consecuencia del Premio de Reflexión sobre la Ciudad que auspiciaba FUNDARTE, incurrí en la deuda de un reconocimiento necesario a la memoria y el afecto. Porque yo creo que este libro comenzó a escribirse allá, en las desaparecidas escalinatas de la Catedral, entre las también desaparecidas amistades de aquel tiempo, aquellos muchachitos y muchachitas trece, catorceañeros que allí, o en el sótano de la Biblioteca **Rómulo Gallegos**, que había sido casa de habitación del Rector Montes y de Lucila Palacios, o en el Cerro de El Zamuro, o en La Gota de Leche, o en el playón veranero al lado del Mirador, leíamos poemas de Neruda y de Mallarmé y de Ramos Sucre y de Vallejos, junto con textos del Marqués de Sade, de Lenin y un ejemplar revisadísimo de **La República**, de Platón y la versión para jóvenes de **El Capital**, del viejo Carlos Marx, que no Groucho.*

Teníamos, ya lo dije, 13, 14, 15 años y tanta fe y tanta pureza que no parecían cabernos en el cuerpo tan frágil. Aquellos amigos se llamaban Latimer Molero, mi más exquisito amigo, hermanado eternamente por la memoria, el amor y la estirpe, y Abraham Salloum Bitar, y Antonio Montes Navas, y José Quiaragua, y Esperanza Chacín, y Celestino Aponte, y Héctor Maicabares, el padre de mis hijos, y tanta gente, como aquel Pasarella que tocaba la



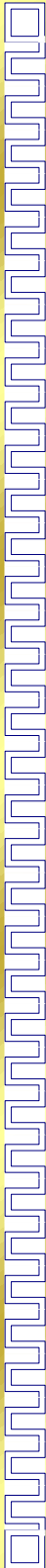
guitarra, y el pintor Sambrano, y el Poeta de la Muerte, cuyo nombre nunca supe, todos nosotros inocentes y culpables de todo cuanto se vivió después, todos nosotros, los que hoy vivimos en el territorio tan extenso de la desilusión.

Y quiero dedicar este libro también, con inmensa gratitud, a mi madrina Mercedes Pérez, así como a la memoria de mi madrina Carmen Sarabia, quien me leía cuentos de hadas, y a la de mi madre, Cira Gil, reina en su jardín magnífico, a quien quizá no recuerdo con la suficiente veneración, ni con el amor que mereció.

Aún más, quiero dedicar este libro a Santo Tomé, el racional, el escéptico patrono que preside hoy el atrio catedralicio, que presidió la fundación y las mudanzas y que aún hoy nos advierte sobre la prudencia y la duda. Y a todos los que creen que algún día esta ciudad, por la que tal vez daríamos la vida y más, florecerá sobre la piedra, como florece una trinitaria, desgranándose de flores en el piso.

Y a los espectros de los Héroe que no nombraré, pero que llevo tan densos en el corazón y en lo que me resta de fe.

Y también al poeta Néstor Rojas, cuya voz profunda enriquece los rumores secretos de La Ciudad.



ELIPSE

En Geometría, una de las cónicas. Es una curva cerrada, formada por un plano que corta a todos y cada uno de los elementos de un cono circular. Una circunferencia, formada cuando el plano es perpendicular al eje del cono, es un caso de elipse.

Una elipse se puede definir también como el lugar geométrico de todos los puntos P para los que la suma de sus distancias (d_1 y d_2) a dos puntos fijos, es constante.

La elipse es simétrica con respecto a su eje mayor, la línea recta que pasa por los dos focos y que corta a la curva en los extremos.

La elipse es también simétrica con respecto al eje menor, la recta perpendicular al eje mayor, que equidista de los focos. En la circunferencia, los dos focos son mismo punto, y los ejes mayor y menor, son iguales.

La excentricidad de una elipse es siempre menor que 1.

ELIPSIS

Salto en el tiempo con que el autor corta el desarrollo de la acción y la reanuda después, prescindiendo de lo sucedido en el intermedio.




Para realizar el plano de una ciudad ajena.

I.

Yo tenía siete años cuando mis padres decidieron emigrar hacia otra ciudad en busca de mejores horizontes. Tenía vivencias de la que era mi ciudad original: recordaba un Carnaval, una carroza en forma de globo del mundo en la que relucía una mujer vestida de dorado. Y recordaba cuando mi madre y yo fuimos a hacer una última visita a la casa de la que nos habían desalojado los del gobierno para dar paso a la construcción de una de esos conglomerados de viviendas llamadas *superbloques*: la casa estaba vacía y un polvillo blanco flotaba en toda ella, puesto en evidencia por los rayos de luz. Aquel sitio se llamaba Monte Piedad y allí habían transcurrido los primeros años de mi vida. Por esas calles, mi madrina Mercedes Pérez me había acompañado a su casa, o a la escuelita doméstica a la que me enviaban, y yo corría, soltándome de su mano, para ir pegada a las fachadas, tocando los tubos de las tomas de agua: una especie de ángulos redondos y salientes de los muros: era un juego que yo misma me había propuesto, con sus reglas, sus recompensas y sus sanciones, para ejercitar fantasías.

Aún reconozco aquel sitio en la memoria: los perros echados en las entradas de las casas suavemente umbrías, los escalones, las altas aceras, los colores puros de las paredes, el zaguán de la casa de mi madrina, oloroso a malabares que provenían del precioso patio central, la plaza donde su hijo Arcio me llevaba de paseo. Aquella era mi casa y



aquellos sus contornos. Salimos entonces aquel día, mi madre y yo, agarrada de su mano, acompañándola en esa vía inédita aún de las despedidas, y no nos habíamos alejado ni una cuadra cuando un aparato monstruoso entró por el centro de la bocacalle, rugiente, y arremetió contra todo: el estruendo nos hizo volver la cabeza, aún inocentes de la sanción que ese gesto siempre conlleva: la casa de *esa infancia*, de la que conservo el recuerdo de un patio siempre verde, de una claraboya en el cuarto, por donde se veía la luna, y de un corredor con macetas y mecedoras de paleta, se derrumbó ante mis ojos con un estremecimiento hasta entonces ignorado.

Después, estuvimos viviendo en muchas otras casas, breves pasos de exiliados: en un sótano insalubre situado no sé dónde. En una casa con jardín y cerca alta donde mi hermana enfermó mortalmente. En otra casa, situada en lo alto de un cerro llamado San Miguel, creo: desde allí se veía la calle que bajaba hacia esos territorios de donde tarde a tarde venía mi padre. Abajo quedaba también la escuela. Desde el jardincillo de esa casa, abrigada por los brazos de mi madre, vi cómo la gente bajó de los cerros en la madrugada, agitando banderas con los colores primarios de la patria, gritando de borrascosa felicidad. También vi, en pleno Carnaval, cómo mataron a un hombre: la multitud enardecida frente al pobre, minúsculo, gesticulante, italiano que minutos antes lavaba su carro: la multitud fascinada y fascinante en su violencia, descargando golpes contra el pobre cuerpo indefenso, masa mojada sangrante, apenas entrevista entre el quehacer de los



atacantes. Mi madre salió llorando de la casa, angustiada y aterrorizada, y me hizo entrar, pero la excesiva evocación de la escena ya se había fijado en mi memoria.

Esas vivencias de pobreza, enfermedad y violencia, fueron las que obligaron a mis padres a emigrar. No recuerdo los pormenores de la planificación de ese viaje, de esa mudanza.




II.

Uno adopta las ciudades: las internaliza, las convierte en territorio *patrio*, asume poco a poco su identidad, aunque sepa conscientemente que no tiene raíces en esa tierra y que no las tendrá hasta que deje en ella los primeros muertos. Uno decide cuál desea que sea *su ciudad*: traza de ella un plano imaginario y lo hace como un tatuaje sobre su hombro, como una marca sobre su corazón.


Cuando mis padres decidieron emigrar, desde mis siete años de niña solitaria y enfermiza, imaginé el sitio adonde iríamos como uno lleno de palacios con cúpulas resplandecientes. Una ciudad como las que aparecían en los cuentos ilustrados que me leía mi madrina Carmen Sarabia. Imaginaba que, al cabo de un largo, largo, viaje, veríamos la ciudad como una joya: ciudad magnífica de damas, caballeros y dragones. Ciudad magnífica, de calles delineadas con hilos de oro y señaladas con rubíes y diamantes. Ciudad mágica y extravagante donde todos los días se cumplían los ritos que conducen a la felicidad.

El viaje, en efecto, fue muy largo. Apenas si recuerdo el traqueteo del autobús antes de llegar a un puerto estrecho y poblado de voces, sumergido en la luz y el olor vivo del agua: era el puerto de los ferrys de Soledad. Frente a nosotros se extendía la visión del río. Mas yo buscaba en el horizonte inmediato los palacios que había forjado en mis vigiliass infantiles. En ese puerto, nos hicieron bajar del autobús y limpiarnos los pies en un cuadrado de barro sanitario



(lo que era, ahora lo percibo en la perspectiva que da el recuerdo, una forma de la purificación). Luego, subimos al ferry y el río se nos mostró en toda su inmensa presencia: lámina gris, lengua de oro, espejo del crepúsculo, potro pardo, nervioso y azorado, serpiente luminosa, pétalo de un lirio, bronce azul, gallo de brillantes: no habrá nunca suficientes palabras para llamarlo: el río, marca de identidad. Orinoco.

Yo atravesé el Orinoco por primera vez en un ferry, y allí conocí a mi padrino Manuel, quien había recalado en ese punto luego de inauditas aventuras. Fueron mi padrino Manuel y su hermano, mi tío Tirso Gil, quienes me mostraron más tarde, en otros tiempos, los significados salvajes del río y de la selva, su lucha contra los diques y la civilización. Pero aquel día, la ciudad era mi objetivo y ella se acercaba ominosamente a mis sueños, desbaratándolos: ¿dónde estaban los palacios? ¿dónde estaban los reyes, príncipes y caballeros? ¿dónde el polvo de oro, los cofres llenos de joyas, los dragones y otras bestias legendarias? Sólo había otro muelle apretujado, calles de tierra, cerdos por esas calles, revolcándose en charcos amarillos. Y el ruido atemorizante de la lluvia en el zinc de los techos. Al caer la tarde, la luz casi desfallecía en los rincones. Había un concierto de grillos y de ranas. Inmensamente se elevaba ese concierto. La noche se prendía al pajareque de la casa adonde llegamos en aquellos primeros tiempos, poblándola de presencias sombrías. Mi padre escuchaba todas las noches las audiciones de la orquesta *La Pequeña Mavare*, por



Radiodifusora Venezuela, pegándose mucho al aparato de radio, porque la emisión era pobre. Y escuchaba el programa de Eleno Goira Torrealba. Voces y cuerdas recias, tonadas duras y desgarradoras letras. Y yo sentía una inmensa tristeza, inexplicable y densa, escuchando aquella música con fondo de estática.

Llovía, además, tempranamente, y era Febrero. Eran lluvias de tonos distintos: a veces, azotaban bruscamente la ciudad, desapareciendo de nuevo entre un escándalo de sol. Otras, caían grises, interminables, colándose entre los ramajes, inventando una música melancólica que se iba metiendo en el espíritu de la misma manera como penetraba el sólido suelo de arcilla y bañaba los muros y las piedras. Mi hermana y yo contemplábamos la lluvia desde el corredor de atrás. Mi madre preparaba el café y se quedaba absorta. Éramos una familia de emigrados tratando de incorporarse lenta y voluntariamente al cuerpo de esa ciudad extraña y llena de misterios.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

